



## Edmondo de Amicis

### Corazón

Prólogo de Luis Mateo Díez

Traducción de Elena Martínez; Ilustraciones de Ferraguti, Nardi y Sartorio



GADIR

EDMONDO DE AMICIS,  
*Corazón*, prólogo  
de Luis Mateo Díez,  
traducción de Elena  
Martínez, ilustraciones  
de Ferraguti, Nardi y  
sartorio, Gadir, Madrid,  
2009, 365 pp. ISBN:  
978-84-96974-15-9  
(*Cuore*, 1886).

CUANDO una persona, a través de recuerdos e imágenes, recorre su infancia, desea encontrarse con un libro como éste. Son las páginas que no se olvidan, donde siempre encuentras una palabra de alivio o amor, y marcan —de una forma bellísima— un momento de gran importancia en la vida: la infancia. *Corazón* nos pone entre manos un relato de una ternura peculiar y, ante todo, de una esencia humana muy poderosa. Enrico, nuestro protagonista, un chico italiano de doce años, nos da a conocer los apuntes de su diario con motivo del comienzo del curso escolar, a partir del cual se sucederán las historias que formarán —llegado el momento— parte de su educación como persona.

Para empezar a trazar el círculo del libro, cabe destacar la importancia que tiene el primer discurso del maestro de Enrico, Perboni, un hombre ya mayor que, en su primera intervención, pone las bases de la relación con sus alumnos, unos pilares basados en el amor con los que, de primeras, ya se gana la estima de todos, sus “hijos”. Le siguen continuamente sucesos marcados por la bondad: compañeros que arriesgan la vida por amigos en peligro, protección para los más débiles, actos de caridad a los más necesitados, y siempre resaltando que se hace “de corazón”. La normalidad con la que se desarrollan los hechos sugiere una reflexión: no haber prestado ayuda a esas pobres personas hubiera sido lo “raro”, lo “malo” o lo que nunca se puede hacer. De esta manera, entre Enrico y sus amigos se crean unos valores de amistad que, si bien no son perfectos, son especiales. Si surgen peleas, malentendidos, actos, en general, que van acompañados de un sincero arrepentimiento, fruto de la envidia, de la desgracia, de la burla, es justamente porque se quieren. Es lo que los une.

Paralelamente a esto y como respuesta, se añaden una serie de cartas escritas por el padre y la madre de Enrico —también de su hermana mayor, Silvia— que riñen, advierten, explican y aconsejan al chico cuando se equivoca o cuando no sabe cómo comportarse. “No estamos solos en el mundo, Enrico”, le decía su padre. En una palabra: educación. Es un ascenso constante hacia ser una persona mejor, más buena o, mirándolo de otra forma, “ser imperfecto en cuanto a persona, pero sublime de corazón”.

Es en este punto donde no puedo evitar acordarme de *La profesión de fe del vicario saboyano* de Rousseau, donde el corazón juega un papel fundamental en la educación de Emilio, frente a la razón. Ambos comparten este pequeño trazo del círculo.

Por otra parte, es curioso cómo la actitud de otros, sus logros, sus formas, hacen abrir los ojos a nuestro protagonista, plantearse si de verdad está siendo todo lo bueno que puede ser. Y aquí, el lector —inevitablemente— se hace la misma pregunta.

Más allá de su estructura ordenada por meses, la verdadera cronología se establece con la narración —mensual— continua de los

relatos que el maestro, Perboni, les hace copiar y leer, y que, muchas veces, van acompañados de una explicación. Son historias de chicos de su edad, agobiados con miles de problemas, desafortunados, pero valientes, incluso heroicos, que dan la vida por las personas que aman. Me gustaría destacar el penúltimo de todos ellos: *De los Apeninos a los Andes*, donde se cuenta la historia de un chico que va desde Génova hasta América para buscar a su madre perdida. No importan todos los sufrimientos que pasa, el miedo o el hambre, no tiene más aspiración que el de abrazar a su madre, a la que acaba salvando la vida. *Quello è coraggio, il coraggio del cuore, che non ragiona*, esto es, “este es el valor del corazón, que no razona...”.

Todo este camino dificultoso empieza a tener sus frutos poco después de la mitad del libro, en el semicírculo, cuando Enrico, jugando a los trenes con su amigo Precossi, se da cuenta de lo mucho que le gusta a éste el “trenecito” y decide regalárselo, por estima, de corazón. Segundos después su padre se lo dice, “¿No te sugiere nada el corazón?”. Queda muy bien reflejada la evolución y, por el contrario, cómo los malos, “sin corazón”, aquellos niños —como Franti— en los que ha faltado hilar algún pespunte de sus vidas, se quedan atrás y son los más infelices.

Finalmente y para cerrar el círculo que inicialmente habríamos con las primeras palabras del maestro Perboni, es apropiado hablar de las últimas, de su último discurso. Llegadas las nuevas vacaciones, después de todo un curso de padecimientos por sus alumnos, no encuentra mejor premio que el ver aprobar a sus alumnos, no encuentra mayor satisfacción que ver sus rostros felices. Y después de esto se disculpa. No menos importantes son las palabras de Enrico, impulsado por una forzada despedida a otra ciudad, que ha comprendido y agradece a todos —maestros, amigos, familiares— el amor que le han mostrado.

Entendería que los niños —a mitad de camino entre niñez y la juventud— leyeran atentamente, de corazón, este *Cuore* de Edmundo de Amicis, tal y como expresa el autor en la presentación. Sería su manual perfecto. Por ello, seguramente no sea posible hacer justicia con palabras al significado del libro. Hace falta perderse entre sus rincones, estremecerse con sus líneas, unas líneas orientadas hacer “ser mejor”. En ellas, el corazón es el instrumento de medida. Gracias y perdón, nada más.

*Cristian Ortín*

